

The book cover features a central illustration of a woman with long, dark, wavy hair, wearing a white tunic with a brown belt. She is holding a large, silver sword with a wooden hilt, looking intensely forward. The background is a golden-yellow sunburst. A large, red dragon with a glowing yellow eye is coiled around the woman. The entire scene is framed by a decorative Greek key border.

SUSANNA
HERRERO

DONDE
EL SILENCIO
SE ROMPE

Besties

BOOKS

Susanna Herrero

Donde el silencio se rompe

**Besties
Books**



© Susanna Herrero Rodríguez, 2023
Publicado por acuerdo con Editabundo, S. L., Agencia Literaria
www.editabundo.com
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

© por el mapa, Héctor Trunec
© por las ilustraciones de las portadillas: Vero Navarro
© por la ilustración de inicio de capítulo: Shutterstock

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 283-2023
ISBN: 978-84-270-5076-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

El Reino Rojo





1

Quince años antes de aquel instante incierto en un lugar de Connecticut que no regresará jamás. En una playa cualquiera del Mundo Exterior.

La joven de cabello castaño y mirada azul observaba la línea que en la lejanía separaba el cielo del mar sentada en el escalón de siempre —el primero de los tres que daban acceso a esa parte de la playa—, y se imaginaba, una vez más, cómo sería su vida si perteneciera a ese mundo. Al Mundo Exterior. Al mundo de los humanos.

Su nombre era Lovem. Lovem Kennedy. El apellido era el de su madre; su padre no podía darle el suyo porque no poseía ninguno.

Ella era mitad humana; de hecho, tenía apariencia humana, por lo que, *a priori*, ese anhelo podría tornarse bastante alcanzable si no fuera porque su otra mitad era demasiado poderosa como para permitirlo. O lo eran las responsabilidades que implicaba el hecho de poseer un poder como el suyo.

Poderosa. Una palabra que lo significaba todo.

Desde la creación de la Tierra, desde la aparición de los primeros seres dotados de vida, la lucha por el poder había gobernado sobre todo lo demás. Y ella lo había obtenido sin pretenderlo. Sin haber hecho otra cosa que nacer. No lo despreciaba, sabía cuál era su cometido en la vida y lo aceptaba, pero, en el fondo de su corazón, albergaba el deseo de poder ser uno más. Un humano como los que pululaban a su alrededor disfrutando de una tarde de domingo cualquiera y un gran cielo despejado.

Sin deberes. Sin obligaciones. Sin preocupaciones. Sin muertes. O quizá los humanos sí tuvieran obligaciones, pero desde luego no eran como las tuyas: luchar hasta la muerte para mantener el equilibrio entre el bien y el mal.

Unas risas la sacaron de golpe de su ensimismamiento. Enfocó la mirada y observó, con un esbozo de sonrisa en el rostro, a unos niños correteando, persiguiéndose entre ellos, con las manos llenas de arena mojada. Se abrazó las piernas y hundió los pies desnudos en la arena. Sintió el calor que los granos diminutos mantenían por el contacto permanente con los rayos del sol que, ese día cualquiera del mes de junio, brillaba con intensidad en aquella parte del planeta.

La playa estaba saturada de personas. En plena época estival era impensable que no lo estuviera durante las horas de sol, y aunque ella prefería verla vacía, también le gustaba de esa manera. Aun así, se concentró para acallar todos los sonidos: las conversaciones, los gritos de júbilo, las risas, los llores... Era capaz de escuchar cada ruido que emitían los humanos por muy lejos que se encontraran. Era una capacidad que poseía y que resultaba muy beneficiosa en la lucha, pero en aquellos momentos, en que solo deseaba estar en calma, le resultaba molesta. Por suerte había aprendido a silenciarla mucho tiempo atrás. Su padre le había enseñado a hacerlo.

Oía como reían los niños y ella también deseaba hacerlo con esa intensidad. Con esa viveza. Allí podía ser ella. Allí nadie la veía. Allí no tenía que fingir. Fingir que su corazón no albergaba sentimientos por nada ni por nadie. En su mundo no podía hacerlo; era demasiado peligroso. Amar suponía una debilidad, un talón de Aquiles para con sus enemigos. Una forma de llegar a ella a través de sus seres queridos. Por eso la estrecha relación que mantenía con sus dos mejores amigos, Lucas y Josh, era una debilidad. Pero no había podido evitarla. Y ya era tarde. Los quería demasiado.

Una pelota rebotó en sus pies. Lovem levantó la mirada para ver de dónde provenía y advirtió que un chico joven, más o menos de su edad —veintipocos—, se acercaba corriendo hacia ella y sonreía con descaro.

—¿Me la pasas, por favor?! —le gritó desde la distancia.

Sin responder, Lovem dio un golpe con la punta del pie, colocó la pelota encima y la lanzó con una precisión impecable.

—Gracias —le agradeció el chico al recibirla, asombrado por su puntería.

Se aproximó a ella hasta quedar a poco más de dos pasos.

—De nada.

—Estamos jugando un partido de voleibol en aquella red de allí —le dijo señalando el lugar—; si te apetece vernos de cerca, estás invitada.

—Gracias. Tal vez más tarde.

—Bien —aceptó el humano con otra sonrisa.

El chico no quería marcharse, pero tuvo que hacerlo y esperar a que ella diera el siguiente paso. Se dio media vuelta, comenzó a trotar hasta llegar a donde sus amigos e hizo un esfuerzo extraordinario para no girar la cabeza.

Ella, por su parte, abrió la mochila que reposaba a su lado junto a las sandalias, alcanzó el reproductor de música del bolsillo pequeño y se colocó los auriculares en los oídos. Apoyó los codos en las rodillas, las manos en la barbilla, y se quedó en esa posición durante un rato largo, contemplando la playa con aquella melodía de su banda favorita de fondo.

Dum bum ba be. Doo buh dum ba beh.

También pensando en cómo se habría desarrollado la conversación con el chico si ella fuera una humana normal. ¿Habría sido diferente?

Suspiró con pesar hasta que algo cambió. Algo sucedió. Algo que no era normal.

La sonoridad desapareció de pronto. La misma sonoridad que poco antes había tenido que obviar: el ruido, las voces, los gritos, los rumores, los susurros, crujidos, ronquidos, murmullos, silbidos, aullidos; la música, los golpeteos, el alboroto y el bullicio... Todo. Había desaparecido y solo quedaba el silencio. Un silencio absoluto si no hubiera sido por el sonido del mar, de las olas al llegar a la orilla, y por el trino de los pájaros.

Aquello no era humano. Y en el mundo de los humanos todo debería ser humano. Era la norma. La primera y la más importante. Incumplirla se pagaba con el peor de los castigos: una vida eterna en la más profunda de las regiones. O, lo que es lo mismo, en el Tártaro.

Apartó las manos del rostro, se quitó los auriculares y observó lo que sucedía a su alrededor: los humanos se preparaban para abandonar la playa. En silencio.

Se levantó, dejando caer de su regazo el reproductor de música, y dio varios pasos, para integrarse por completo en la actividad de la playa. Las personas desfilaban por su lado como si fueran autóma-

tas, con los ojos vidriosos, fijos en un punto concreto, y movimientos automáticos.

En la orilla, las familias se comportaban de la misma manera. Las madres recogían las toallas del suelo y los padres preparaban a sus hijos para abandonar la playa. Los grupos de adolescentes acopiaban sus pertenencias con premura. La gente que se encontraba en el agua salía sin mirar atrás, con las olas golpeándoles la espalda.

El chico de la pelota de voleibol se cruzó con ella rodeado de sus amigos y no perdió un segundo en mirarla, como si no pudiera verla. Lovem permaneció rígida en su postura y lo observó hasta que lo perdió de vista en el paseo de la playa, como a todos los demás.

En cuestión de minutos el lugar quedó vacío. Lovem jamás había visto un acontecimiento igual.

Echó la mirada al cielo, que seguía siendo azul. En apariencia, nada había cambiado. Nada que hiciera que el mundo entero abandonara la playa de improviso. Dio vueltas alrededor de su propio eje en un intento de dar con la amenaza. Porque no se encontraba sola en la playa. Eso lo sabía. Alguien de su mundo había provocado eso. Alguien se había inmiscuido en la vida de los humanos. Alguien había roto las reglas del juego. Por lo general, le gustaba jugar con sus enemigos, pero no aquel día. No cuando se encontraban en el Mundo Exterior con cientos de personas inocentes en peligro.

Entonces sintió el escalofrío que siempre se anticipaba a la llegada de las monstruosidades y su instinto la obligó a ponerse en guardia. Y otro segundo más tarde:

—Hola, querida.

La voz apareció de la nada. Lovem giró sobre sus talones para encarar su procedencia y no pudo evitar que el ser que se encontraba en el lugar que poco antes estaba vacío le arrojara unos polvos a la cara. Tosió y observó cómo cientos de diminutas motas de color turquesa y fucsia caían sobre su cuerpo y desaparecían a través de su piel. Los monstruos y sus particularidades.

Centró su mirada en la responsable de todo lo que estaba ocurriendo. Primero, en sus ojos brillantes, verdes como la más pura de las esmeraldas; después, en las doce serpientes que coronaban su cabeza como si de hebras de pelo se tratara; todas y cada una de ellas con dientes que inspiraban terror, todas y cada una de ellas con las mismas tonalidades de negro, rojo y dorado. Por último, en esos labios rojos que sonreían sin reservas.

«Gorgona», pensó en un primer momento. Pero no. Ya no existían. Habían sido derrocadas en el pasado.

—Te agradezco el comité de bienvenida —dijo Lovem, refiriéndose al despliegue de los polvos bicolor—, pero no tenías por qué haberte molestado. Soy una chica de gustos sencillos.

—Oh, no me lo agradezcas, querida. No todavía.

Sus palabras destilaban tal veneno y maldad que cualquiera se hubiera sentido amenazado, o incluso asustado. Pero ella no. Recibía amenazas de muerte casi a diario. Una se acababa acostumbrando.

—Pues no he terminado. También agradezco que te hayas peinado de una manera tan especial para venir a verme, pero me temo que no deberías estar aquí.

—Te equivocas. Estoy justo donde debo estar.

Lovem comenzó a cansarse de tanta conversación sin sentido. Ese monstruo, fuera lo que fuera —jamás lo había visto, aunque tenía sus sospechas de lo que podría ser—, no debería estar en el Mundo Exterior.

—Los humanos...

—Los humanos —la interrumpió la mujer— se encuentran bien. Han sentido una necesidad urgente de regresar a sus hogares, al pensar que se habían dejado los fuegos de la cocina encendidos o las llaves en la puerta. Ya sabes, esas cosas que siempre les suceden a ellos. Oh, espera. Tengo una curiosidad. Tú eres medio humana. ¿A ti también te ocurren esas cosas tan mundanas, querida?

—Constantemente —afirmó con ironía—. Y me encantaría seguir hablando contigo, de verdad que sí, pero ¿puedo matarte ya?

—No. Espera un poco más. Charlemos un poco más.

Cómo les gustaba a los monstruos parlotear y retrasar lo inevitable. Algunos podían pasarse horas y horas escuchándose a sí mismos. Lástima que ella no estuviera por la labor. Solía aprender muchas cosas conversando con ellos.

—Me temo que no.

—Y yo me temo que no lo entiendes. *Necesito* seguir hablando contigo.

Aquello a Lovem le dio la primera pista de que algo no iba bien. Esa monstrea se había molestado en buscarla en el mundo de los humanos, había vaciado una playa entera y ahora solo quería hablar. Lovem no había bajado la guardia en ningún momento, estaba preparada

para la pelea, sin embargo, no atacó. Le pudo la curiosidad. Y ese fue su primer error.

—¿Por qué? —preguntó arrugando la frente.

—Porque tengo que ganar tiempo para que los polvos que te he lanzado hagan efecto y anulen tus poderes, querida.

Lovem agrandó mucho los ojos y, al instante, abrió la palma de la mano derecha para que el arma de su padre apareciera de la nada y pusiera fin a todo aquello, pero nada sucedió. Por primera vez en su vida estaba desarmada.

—Oh, vamos, Lovem, eso es lo primero que te he arrebatado. No tienes con qué defenderte. Estás sola. Te tengo enterita para mí. Y voy a comerte.

Su nombre. Aquel bicho disfrazado de mujer había dicho su nombre. Todos los monstruos conocían su nombre, pero ninguno lo pronunciaba, y menos con aquella familiaridad, siempre se dirigían a ella de otra manera. Se dirigían a ella como «hija de».

Miró al cielo y vio cómo las nubes se acercaban las unas a las otras y acababan con la diminuta porción de cielo azul que quedaba. Devolvió la mirada a su adversaria justo para verla chasquear los dedos de una mano. Un segundo después, dos mastodontes con cuerpo de hombre pero sin rostro —solo tenían dos ojos rojos gigantes en forma de triángulo— y vestidos de cuero negro aparecieron a su lado. Tres contra una. Podía con ellos. Aún le quedaban dos piernas y dos brazos con los que pelear. Después de matarlos ya se preocuparía por averiguar cómo habían conseguido anular sus poderes.

—Chicos —pronunció la mujer, dirigiéndose a sus esbirros. Los dos secuaces se acercaron a Lovem, uno por cada flanco, y la rodearon con las espadas en alto—, podéis divertirlos con ella todo lo que queráis.